

# Aymeric Picaud y sus dicterios contra los vascos

Por ISAAC LOPEZ-MENDIZABAL

Para juzgar un hecho histórico, y poder aproximarse a su verdadera interpretación, es preciso estudiar sus antecedentes, examinar con cuidado las circunstancias que lo envuelven, y hasta revisar y pesar las consecuencias del mismo, aunque éstas hayan durado mucho tiempo después del suceso. Nos referimos especialmente al caso del peregrino Aymeric (o Aimery) Picaud, y su narración a su paso por el País Vasco.

Mucho se ha escrito y comentado, sobre todo, respecto a los duros calificativos que aplicó a los vascos en general y a los navarros en particular.

Pero nosotros quisiéramos insistir sobre un aspecto que nos parece el más interesante. Extraña realmente que un peregrino que atraviesa el País Vasco, probablemente hacia el año 1173, a juzgar por las referencias de personas que actuaban alrededor de esa fecha, en un breve espacio de pocos días, en el recorrido de Saint-Michel, al pie Norte del Pirineo y hasta llegar a Pamplona, que él marca como una sola etapa, se desate en insultos y calumnias que nos aplica y toda clase de vicios, como si todas estas maldades estuviesen a la vista de cualquier pasajero. ¿Por qué esa fobia, ese blasfemar con tanto odio feroz? No hay duda de que algún motivo ha inducido a Picaud a insertar tales exabruptos.

Ciertamente, aplica también algunos duros calificativos a los habitantes de varias regiones de Francia, y más tarde a diversos pueblos de España, como, por ejemplo, cuando hablando de Castilla asegura que «está poblada de habitantes malos y viciosos». Y refiriéndose a los de Galicia dice que «son propensos a la cólera y muy pleitistas».

Pero donde vertió más su veneno fue, sin duda, al hablar del País Vasco. Fue aquí donde el peregrino se despacha a su gusto. No cabe tampoco pensar que fuese porque le exigieron algunas monedas de más



al pasar en barca los ríos del País Vasco septentrional, porque una cosa sería esa protesta, que ya la hace constar, y otra la serie de calificativos y denuestos dedicados a los vascos en general. ¿En qué podremos basarnos para hallar una explicación suficiente a tales improprios? He aquí ahora nuestra hipótesis. Muchos de los sucesos sangrientos ocurridos entre los habitantes de dos pueblos han solido conservarse en el recuerdo durante largos años y hasta durante siglos.

El episodio ocurrido el año 778, la derrota de Roncesvalles, es, indudablemente, uno de los más notables de la Historia. Había Carlomagno preparado dos ejércitos poderosísimos para tomar, en primer lugar, la ciudad de Zaragoza, que se la habían ofrecido los sarracenos. La idea de Carlomagno era la de dominar la parte de la Península Ibérica comprendida entre el río Ebro y el Pirineo, zona en la que los sarracenos, fuera del País Vasco, tenían conquistados prácticamente, todo el territorio con las principales ciudades. Llegado a Zaragoza con sus tropas, que venían en dos cuerpos, uno de ellos por la parte de Cataluña, y otro pasando por Navarra, y fracasada la expedición por no haberse rendido, contra lo esperado, la ciudad de Zaragoza, volvía Carlomagno con todas sus tropas juntas y malhumorado, al pasar por Pamplona, destruyó sus murallas, por lo que los vascos, resentidos, se reunieron rápidamente en Roncesvalles, donde derrotaron completamente a las tropas francas. El recuerdo de la derrota, según un cronista, entristeció la vida de Carlomagno hasta la muerte.

Tal fue la terrible impresión producida en todas partes por la derrota de aquel emperador, que tenía entonces treinta y seis años y estaba en plena juventud y dueño de gran parte de Europa, que en el deseo de disimular el desastre, pronto apareció en Francia la famosa «Chanson de Roland», imitada, seguidamente, por otras composiciones similares en diferentes naciones e idiomas.

Este recuerdo del desastre de Roncesvalles continuó durante mucho tiempo. Por aquel entonces, el año 813, o sea un año antes de la muerte de Carlomagno, se descubrió, según se dijo, el sepulcro de Santiago el Apóstol, en Compostela (Galicia), lo cual dio lugar a una serie de peregrinaciones que se repitieron durante varios siglos. Naturalmente, fue Francia la que envió más cantidad de viajeros. A comienzos del siglo XII vino a Compostela el monje cluniacense Don Hugo, quien pasó por el País Vasco probablemente hacia 1110. Balparda dice (Historia de Vizcaya, II, pág. 314) que también debió pasar nuevamente hacia 1120 de vuelta de otro viaje que hizo a Roma. El historiador vizcaíno reprodujo la narración de Hugo, véase Balparda pág. 34, a su paso «per Ipuzcuam et per Navarram et per Vizcayam» (orden geográfico, al pa-



recer extraño y equivocado), «siguiendo luego (añade) por Asturias por lugares montañosos habitados por hombres feroces de ignota lengua, prontos a cualquier maldad».

Tanto Campián («Nabarra en su vida histórica», pág. 15) como Balparda (lugar citado) hacen referencia a este Don Hugo, obispo de Portugal.

Don Hugo continuó en Compostela bajo el episcopado de Diego Gelmirez, y siendo arcediano de la Catedral escribió esa «Historia Compostelana», que alcanza hasta el año 1113 en que fue nombrado obispo de Oporto. Desde esa fecha continuó la redacción de dicha Historia el también francés Don Giraldo, hasta el año 1138, habiendo sido ayudado por Don Muñon Adefonsiade, tesorero de su mismo Cabildo y luego obispo de Mondoñedo.

Esta «Historia Compostelana» que se hallaba en el Archivo de la Catedral de Santiago fue copiada después por el P. Enrique Florez en el tomo XX de su «España Sagrada». El historiador P. Juan Francisco de Masdeu en su «Historia crítica de España y de la cultura española», Madrid 1805, tomo XX, copió varios párrafos que luego comentaremos.

Algunos años después, con posterioridad a la muerte del Obispo Gelmirez, en 1139, hecho al que alude Picaud en su «Guía del Peregrino», llegó a Compostela y es muy probable que leyese la «Historia Compostelana» antes aludida, donde se enteraría de los denuestos que los dos franceses, Hugo y Giraldo, aplicaron a los vascos y a otros pueblos de la Península, como después se verá.

El estilo y la manera de destacar todos esos dicterios contra los vascos en la misma forma que los autores de la «Historia Compostelana» aplicaron a otros pueblos y al nuestro, nos hace pensar que fueron éstos los que inspiraron, y tal vez amañaron, la redacción que luego se presentaría como de Picaud.

En todos estos detalles se ve perfectamente el rencor y el odio que traían los franceses citados contra todos los peninsulares, como si aún les escociese la espina de la derrota de Roncesvalles. Por aquellos tiempos, o sea en la época del obispo Gelmirez, actuaba de Gobernador en Galicia el francés Raimundo de Borgoña, hermano del entonces Papa Calixto II, muerto en 1124. Se veía, pues, un afán de influencia francesa en todas partes y hasta con menosprecio de los pueblos sobre los cuales actuaban.

Pero copiemos ahora algunos de los duros calificativos que, con una irresponsabilidad y una desfachatez casi incomprensibles dedica Picaud a los vascos: «(El vasco) es un pueblo bárbaro diferente de todos



los pueblos por sus costumbres y por su raza, lleno de maldad, negro de color, feo de rostro, blasfemo, perverso, pérfido, desleal, corrompido, lujurioso, borracho, experto en toda clase de violencias, feroz y salvaje, deshonesto y falso, impío y rudo, cruel y pendenciero, incapaz de todo buen sentimiento, inclinado a todos los vicios e iniquidades». Y no queremos seguir reproduciendo los demás calificativos que comprende que son muy violentos y que él mismo quiere justificarse en un «Se dice», pues al mismo Picaud le repugnaba el decirlas como calificativos empleados por él. Los aplica tanto a los navarros como a los vascos, pues él, equivocadamente, diferencia entre ambos, como si fuesen dos pueblos distintos, aunque añade que son de la misma raza, siendo los vascos más blancos de tez que los navarros.

¿Cuál pudo ser el motivo principal de dedicar tantos exabruptos a los vascos, sin más conocimiento que el superficial de unos pocos días que duró su paso? Ya lo hemos dicho antes, y es el rencor y el odio francés contra todos los peninsulares. Hay una frase a continuación que parece explicarlo todo, al señalar a los «navarros y vascos» como «enemigos de nuestro pueblo de Francia». «Por una moneda, (añade) el Navarro o el Vasco mata, si puede, a un Francés». He aquí, pues, la clave de todos los insultos y vociferaciones del peregrino francés Picaud.

Se ve, pues, indudablemente, que hay un viejo rencor de los franceses contra todos los peninsulares, y el historiador Masdeu insiste mucho sobre este particular en la obra citada, basándose en el texto de la «Historia Compostelana», pues él no debió de conocer la «Guía del Peregrino» de Picaud, a pesar de hallarse en el mismo Archivo de Santiago, y al cual no hace ninguna referencia.

Aunque el conjunto de impropiedades de Picaud es tan burdo y torpe que se hace muy difícil a una persona imparcial reconocerlo por verdadero, no ha faltado algún escritor poco afecto a los vascos, que haya recogido hasta con fruición, el relato del peregrino Picaud. Nos referimos al historiador don Manuel Rodríguez de Berlanga que, aunque nacido en Ceuta, es de indudable procedencia castellana, y el cual ante el duro vocabulario del peregrino francés, dice enfáticamente, que es un «dibujo de cuerpo entero de los Vascones del siglo XII», en su trabajo «Los Vascones y la Prehistoria» (Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos, números 8 y 9, pág. 328, N. 1, año 1898), citado por Campión en «Nabarra en su vida histórica», pág. 16.

Sorprende, en realidad, que el señor Rodríguez de Berlanga, que gozó fama de erudito y laborioso, no hubiese leído la fundamental obra del P. Florez, «España Sagrada», donde hubiese visto párrafos que, así



como aceptó el «dibujo de cuerpo entero de los Vascones del siglo XII», hecho por Picaud, no le hubiese agradado mucho ver la pintura que hacía de los castellanos el francés Don Hugo en la «Historia Compostelana», que luego transcribiremos.

Para justificar nuestra hipótesis sobre la gran influencia francesa en esa época vamos a hacer un pequeño resumen de la historia del monasterio de Leire en Navarra. No se sabe, en realidad, en qué época fue fundado, pero, desde luego, cuando lo visitó San Eulogio, obispo de Córdoba, en los años 848 al 851, se hallaba en pleno auge, como lo explicó en su famosa carta, hoy en día aceptada como verdaderamente auténtica.

Este monasterio que llegó a ser, como dijo Sancho el Mayor, «Corazón y Corte del Reino de Navarra» y panteón de sus primeros reyes, llegó a tener más tarde la enorme influencia de los monjes de Cluny, institución fundada en Francia en 910.

Ethel Tyrrel en su notable trabajo «Historia de la Arquitectura románica del Monasterio de San Salvador de Leyre», en la revista «Príncipe de Viana», 1958, págs. 305 y sigs., dice que este monasterio se sometió a las reglas cluniacenses en 1070 (pág. 312), y añade: «Este acto se hallaba en la línea de la rápida galicización que tuvo lugar en España en el último tercio del siglo XI, para adquirir el control de las casas religiosas españolas y el poder que representaban, habían sido hechos esfuerzos conjuntos de la clerecía gala y la Santa Sede, que en ese tiempo simpatizaban con la regla cluniacense». Téngase presente que el monasterio de Leyre, según consta en su Becerro, (pág. 495) de Ethel Tyrrel, «en la cumbre de su poder tuvo jurisdicción sobre más de setenta y dos iglesias, casas religiosas, y cincuenta y ocho pueblos». Su importancia era, pues, añadimos nosotros, enorme, para la introducción de la influencia francesa, en aquellos tiempos aumentada, además, por la gran cantidad de peregrinos que pasaban camino de Compostela, volviendo después para ir a Roma y a Jerusalén.

Esta influencia del monasterio de Leyre en poder de los cluniacenses fue bajando sucesivamente, y más aún cuando se enfrentó contra esa orden la comunidad del Cister, fundada en Cîteaux (Côte d'Or), Francia, en 1098. En ella profesó San Bernardo en 1113, reformándola y constituyéndola en un gran centro de propaganda religiosa. Era natural que para esas primeras épocas del siglo XII en que se hallaban ya los Cluniacenses en descrédito, los de la casa fundadora de Cluny viesan con malos ojos a los de Navarra, a quienes culpaban de antipatía hacia ellos. «De ahí que, como dice Bedier, el ilustre autor de «Legendes épiques», viniese la defensa de los cluniacenses atacando con vio-



lencia a los que suponían eran sus contrarios, y entre ellos, especialmente a los navarros».

De ahí también que el ambiente hostil contra los monjes negros, como llamaron a los cluniacenses en oposición a los monjes blancos o cistercienses, fue creciendo hasta que llegó un momento en el que tanto los cluniacenses como los cistercienses lucharon a brazo partido más que por los intereses religiosos por los poderes seculares, como se vió claramente años después. Para mejor información véase el erudito trabajo de Julio R. de Oyaga «Luchas entre Cluniacenses y Cistercienses por San Salvador de Leyre y su repercusión en el monasterio legerense de San Cristóbal», Revista Eusko Jakintza, Bayona, 1948, págs. 102 y sigs.. El señor Oyaga nos dice que «los canónigos de Pamplona, aprovechando la llegada a Navarra de la dinastía de los Champaña con su rey Teobaldo I en 1233, escribieron al Papa informándole de «la poca observancia y mucha relaxación que había en los monjes de este monasterio por lo que se sirviese reformarlos. De su orden vino a hacer la reforma el Obispo de Oloron: Aquí unos querían y otros no, y porque entonces estaba en auge en Francia la Religión del Cister puso aquí monjes cistercienses y sacó a los negros; éstos, aunque era una misma regla, no quisieron mudar el hábito y hubo varias historias hasta valerse del auxilio seglar» (Archivo de Navarra: Documentos de Leyre, núm. 236).

El revuelo que esto produjo en Cluny debió de ser enorme y así empezó una lucha que duró muchísimos años entre ellos y los monjes del Cister, que vinieron a reemplazarlos. Basta para convencerse de ello ver lo sucedido en Leyre en los tiempos siguientes:

- 1233. Toman posesión los cistercienses.
- 1270. Los cluniacenses rescatan Leyre, aprovechando la ausencia del rey Teobaldo II que había ido a las Cruzadas.
- 1273. Los cistercienses toman de nuevo el Monasterio.
- 1277. Los cluniacenses lo vuelven a tomar.
- 1299. Los del Cister consiguen volver al monasterio nuevamente.
- 1305. Los cluniacenses toman otra vez Leyre.
- 1307. Los cistercienses logran obtener otra vez el monasterio.

En esta enconada lucha entraban las influencias de los Papas, los Reyes, los Canónigos de Pamplona y hasta el pueblo que veía con desagrado tan violentos cambios, todo lo cual reflejaba unos intereses ocultos buscando la influencia francesa en la Península más que los intereses de la propia religión.



Había, pues, por encima de todo un afán de superioridad tanto entre ellos como sobre todo por encima del país en que estaban ya radicados y al que miraban siempre con ojos de superioridad. De ahí su reflejo en los escritores, cronistas, gobernadores y monjes que de Francia venían a la Península, lo cual explicaría la acritud que muchas veces empleaban contra el pueblo.

Pero volvamos a los años 1110 y siguientes en cuyo tiempo se hallaban en el Monasterio de Leyre los monjes de Cluny. Fue por esa época cuando llegaron a Compostela los monjes cluniacenses Don Hugo y Don Giraldo que escribieron la «Historia Compostelana» que, copiándola del Archivo de Santiago, publicó el P. Enrique Florez, como antes se ha dicho, en el tomo XX de su «España Sagrada», y de la cual reproducimos unos párrafos, tomándolos de la «Historia de España», antes ya citada, de Masdeu.

Masdeu (pág. 2 del tomo XX de su obra), dice que «los autores de la «Historia Compostelana» la escribieron con descarada pasión e ignominiosa falsedad, y en cuanto a Gelmirez, entonces Obispo de Compostela, dice que «por sus acciones y sus costumbres era muy diverso de lo que ellos lo pintaron».

Añade que los monjes cluniacenses contribuyeron mucho con su campaña al presentarse ellos como «hechura de la mano de Dios y madre y cabeza de toda la vida monástica», ensalzándola al propio tiempo «por sobre las estrellas».

¿Cómo no entrega (continúa Masdeu) nuestra nación a las llamas una historia tan calumniosa y denigrativa? ¿Una obra que no contiene sino mentiras y patrañas, dirigidas expresamente a nuestra particular deshonra y al común engaño de todos?

El orgullo de ensalzar con exceso lo propio y rebajar con injurias lo ajeno, hizo que llegasen a exageraciones increíbles. La infamante descripción de las calumnias atribuidas a los vascos, hecha por Picaud, fue recogida injustamente, como antes hemos dicho, por escritores tan renombrados como Rodríguez Berlanga, aceptando hasta con agrado los calificativos que nos aplicó el peregrino Picaud.

Veamos ahora en contrapartida lo que dice Masdeu en las páginas 4 y 5 de su tomo XX, copiando de la «Historia Compostelana» refiriéndose a los leoneses y castellanos viejos: «hombres que en la guerra contra Aragón dieron pruebas de su pusilanimidad y cobardía, huyendo de las armas con tanta ignominia y viveza que los encarnecían los aragoneses, y los llamaban por mofa soldados femeniles... pues ni aún su propia patria quisieron ni supieron defender... réprobos, facinerosos,



homicidas, malhechores, fornicadores, adúlteros, asesinos, impíos, raptos, sacrilegos, hechiceros, agoreros, ladrones y apóstatas «Historia Compostelana», págs. 129, 150, 168».

Y refiriéndose a los Vizcaínos, Navarros y Asturianos, dicen los autores de la misma Historia que «son hombres bárbaros, sin corazón y sin ley, acostumbrados a una lengua desconocida, y dispuestos a todas horas a cualquier delito». (Hist. Compostelana, pág. 299).

Y refiriéndose a los gallegos dicen en la misma Historia y copia Masdeu: «no son sino detractores y chismosos; de mala fe y ninguna honradez; inconstantes y ligeros, como veletas, tan fáciles en proclamar a un príncipe, como en rebelarsele; altivos en la prosperidad y viles en la desgracia; despreciadores y enemigos de la justicia; tan amantes del dinero, que es vergüenza para ellos el estar con solo lo suyo sin mezclarlo con algo de lo ajeno; aduladores, murmuradores, calumniadores, traidores y perjuros; hombres, por fin, que no conocen ni verdad ni bondad, ni fidelidad, ni virtud alguna y de quienes propiamente se dijo que no hay entre ellos quien obre bien, ni uno solo siquiera» (Hist. Compost. págs. 204, 210, 211 y 224).

No parece sino que estábamos leyendo al mismo Piccaud, el cual, por lo visto, no hizo más que seguir el estilo de sus antecesores don Hugo y don Giraldo.

¿Aceptaría el señor Rodríguez de Berlanga esos calificativos y los tomaría como «dibujo de cuerpo entero», de castellanos, leoneses, vizcaínos, navarros, asturianos y gallegos? Creemos que no, pues él también se vería «dibujado de cuerpo entero» entre los castellanos.

No podemos, pues, aceptar ni las frases de Piccaud ni las de don Hugo y don Giraldo. Basta su simple relación para que una persona de buena fe los rechace definitivamente por injuriosas y falsas.

Para terminar con Piccaud apuntemos también lo siguiente: no contento con injuriar a los navarros y vascos, en su deseo de rebajar al País Vasco, llega hasta calumniar a los ríos de Navarra. En el capítulo VI de su «Guía del Peregrino» trata de los «ríos buenos y malos que se encuentran en el camino de Santiago». Pues bien, de los que corren por Navarra cita cinco que son perniciosos para la salud: el río Salado, en Lorca, cuenta con desparpajo increíble, que «no se prueba de él porque da la muerte». Añade que en sus orillas encontraron a dos navarros sentados, afilando sus navajas, pues tienen por costumbre aprovechar la piel de las caballerías de los peregrinos que beben esas aguas y mueren por ello». «A las preguntas que les hicimos (dice) respondieron mintiéndonos y diciendo que el agua era buena y potable. Di-



mos a beber a nuestras caballerías e inmediatamente dos de ellas murieron, siendo desolladas en seguida por aquellos». Cosa verdaderamente sorprendente, añadimos nosotros, y también el que se entendiese con gentes de habla tan distinta como es la vasca. «En los Arcos, continua, hay un río cuyas aguas causan la muerte a las caballerías y a los hombres que beben de él. Desde allá a un poblado llamado Covas, corre también un arroyo de agua malsana. Todos los ríos desde Estella a Logroño, son de aguas malsanas para los hombres y los caballos y sus pescados son funestos para quienes los comen, y por eso, no se deben comer. Si alguien por casualidad los come y no enferma, es porque tiene más salud que los demás o que está aclimatado por una larga temporada en el país». Lo notable del caso es que cita después catorce ríos más en las tierras que siguen desde el final de Navarra, es decir desde Logroño hasta Santiago de Compostela, y ninguno de ellos es perjudicial, pues todos son excelentes. ¿Sería casualidad el que solamente en Navarra hubiera ríos venenosos?

Bastaría este detalle para juzgar de la ligereza, por no decir la mala fe, de este rencoroso peregrino. Tal vez fuese él mismo el «envenenado» y no los ríos que siguen aún corriendo por Navarra sin dañar a nadie, a pesar de las calumnias del peregrino Picaud contra ellos y los habitantes del País.

Francoamente hablando hay que reconocer que el peregrino Aymeric Picaud no tenía ninguna simpatía ni por los navarros, ni por los vascos, ni aún por sus ríos.

Otra muestra de las exageraciones de Picaud la anotamos tomándola de la traducción de su «Guía» por Vielliard, págs. 24-25. Dice así: en el País Vasco el camino de Santiago franquea un monte digno de notarse el llamado puerto de Cize... Para franquearlo hay que subir ocho millas y otras tantas para bajarlo. En efecto este monte es tan alto que parece toca el cielo. Quien hace su ascensión se figura que puede tocar el cielo con sus propias manos. Desde la cima se pueden ver el mar de Bretaña (o sea el Atlántico) y el del Oeste (o sea el Mediterráneo).

Téngase presente, añadimos nosotros, que el peregrino Picaud venía de Francia y señalaba el mar de Bretaña a su derecha o sea al Este, y a su izquierda, el Oeste, o sea el Mediterráneo.

La altura del Puerto de Cize es de 1.300 metros sobre el nivel del mar, y huelga decir que desde su cumbre no se ve ninguno de los dos mares citados.

Lo expuesto nos demostraría la ofuscación con que escribía el pe-



regirino Picaud y la ligereza de sus referencias, lo que hay que tener presente muchas veces para dudar de la veracidad de sus afirmaciones.

Por tanto, finalmente, quedaría probado, a pesar de lo que dijese Picaud, que ni los ríos de Navarra son venenosos, que desde el Puerto de Cize no se ven ni el mar Atlántico ni el Mediterráneo y que no son ciertos los dicterios que, injustamente, atribuyó a los vascos.